



EL TEMPORANEO.

Año III.—Núm. 477.

Madrid.—Martes 22 de Julio de 1862.

Edición de Provincias.

MADRID. 21 DE JULIO.

Ya parecía aquello. Los consejeros de ministros celebrados con tanta frecuencia la última semana, tenían por objeto acordar la desamortización de los bienes del clero en las Antillas.

El vicarismo ha encontrado el medio de salir de sus apuros. La situación, que es una especie de pozón sin fondo, consumirá esos recursos, como ha consumido el importe de la desamortización en la Península, sin que sepamos en qué ni para qué.

Las cuentas del crédito de dos mil millones, duermen aun descansadamente en las oficinas, ó tal vez en la imaginación del que ha de formarlas, mientras el país no ve ningún resultado, ni toca los beneficios que había de reportar con esos créditos.

Pero en fin, con tal de que haya bienes que vender, para ir saliendo del paso, no se apuran los gobernantes, pues dice el refrán, que los dueños con pan son menos.

Entre tanto, el Sr. Salaverría está de viaje, y según dice un periódico de Santander, noches pasadas le obsequiaron con fuegos de artificio.

Estos fuegos, eran sin duda el emblema de la política vicarivaria, y de la marcha financiera del obsequiado.

Pero el artificio suele durar poco, aunque sea mucha la pericia del artífice, y ya se sabe que a los personajes del vicarismo que hoy dirigen los negocios públicos, mas les falta que les sobra, en materia de habilidad y travesura.

Lo único que hacen a las mil maravillas, es pedir créditos y vender bienes, con lo cual van saliendo del paso, del mismo modo que saldrá el primer quidam á quien le dieran iguales facultades.

Cuando se acaban los recursos y no haya de qué echar mano mas que de las contribuciones ordinarias, entonces hablaremos del asunto y del talento vicarivaria.

Por ahora, contentémonos con observar lo bien que dirigen las cuestiones políticas esos siete sábios de Grecia que se sientan en las poltronas ministeriales.

Cualquiera creerá que el gobierno va á reconocer el reino de Italia, porque motivos hay para creerlo al observar de qué modo han hablado sobre el asunto últimamente los periódicos vicarivarios.

Pero nada menos que eso; si algo hubo, se ha desvanecido como una nube de verano. La verdad es que el gabinete no reconoce por ahora el reino de Italia.

Suécite en esto, como en otras varias cuestiones en que el gobierno no tiene criterio fijo, que se ha acostumbrado á marchar por una senda, y no hay quien de ella le saque, ni concibe que pueda existir mas camino que el que el emprende.

Un cura le 'imj uso' por penitencia á un asturiano que rezase *tres credos*. El pobre asturiano palideció y comenzó á afiligrarse, viendo lo cual el cura, le preguntó por qué se afligía tanto.

—¡Ay! padre, contestó el asturiano; me manda V. rezar *tres credos*, y yo no sé mas que uno.

Al gobierno le sucede lo contrario, no sabe mas que un camino, que es el de la *reactión*, pero tiene la habilidad de aplicarlo, sin afiligrarse, á toda clase de cuestiones.

La *Epoca* sin duda ignora que no hay nada de lo dicho, porque está noche manifiesta que cree incontinentemente el apartamento en que vivimos de la Italia.

La Correspondencia da media vuelta, y se sacude el polvo, diciendo que nada hay pensado sobre el asunto.

Por lo demás, la conducta del gobierno es completamente lógica. La situación se propone aislarlos del mundo, y á poco que dure lo conseguirá.

Sin embargo, vamos ascendiendo á potencia de primer orden, gracias á los buenos oficios del conde-duque y demás compañeros de gabinete.

Así que se arreglen esas pequeñas diferencias que existen entre unos cuantos generales y otros varios miembros del vicarismo, sobre la cuestión de Méjico, verán Vds. cómo brilla nuestro importancia en los consejos de Europa.

Verdad es que parece que el general Concha y el general Prim no quedaron acordes en su entrevista, porque *La Epoca* dice que las observaciones hechas por el segundo al primero, no han modificado su opinión.

¿Irá el general Concha á París? ¿Qué política triunfará; la del conde de Reus ó la del Sr. Mon?

En esta lucha ha de haber alguno de los personajes importantes del vicarismo que abdique sus ideas, que reniegue de su conducta, que falte á sus antecedentes, ó que acabe por combatir á la situación.

¿Cuál será este personaje? Hoy no lo sabemos; pero poco ha de vivir el que no lo vea.

Atendiendo á los antecedentes de la mayor parte de los ministros que rigen hoy los negocios del país, la verdad es, que no puede extrañarse la conducta que siguen en la gestión de los negocios públicos.

El presidente del Consejo ha estado en todos los partidos, ha combatido y defendido todas las políticas, ha enarbolado todas las banderas; acostumbrado desde la juventud á mandar soldados, tiene en poco las ideas de los hombres que capitanea.

El general Zavala, al contrario, acostumbrado á obedecer, es un buen soldado, lo mismo en el ministerio que en el campo de batalla; en uno y otro punto ejecuta lo que le mandan, sin darse cuenta de otra cosa que del exacto cumplimiento de la orden.

El ministro de Estado es una especie de sala de ecos, ó máquina parladora, inconsciente, angelical, infantil, pomposo. Espejo en que se reflejan las ideas de los demás, las cuales hace suyas por una cualidad tan propia de su alma, que si no la tuviera, pasaría la vida articulando sonidos ininteligibles, tan solo por el placer de ejercitar su inconmensurable elocuencia.

El Sr. Negrete, cuyo carácter estaría descifrado con recordar aquel *No célebre*, verdadero retrato de un hombre público, si no le hubiésemos visto transcribir de una manera lastimosa en los famosos nombramientos del personal de las oficinas de hipotecas, y en otras cuestiones en que se ha puesto á servicio y orden del presidente del Consejo, sacrificando al general O'Donnell aquella firme independencia de que hizo alarde en tiempo de D. Juan Bravo Murillo.

D. Pedro Salaverría, educado en las oficinas de la administración subalterna, ageno á toda clase de estudios, hombre práctico, de rutina, mas á propósito para despachar expedientes que para idear ni realizar ninguna alta concepción financiera, elevado á ministro, contra lo que podía y debía esperar de sí mismo, sorprendido aun de su inesplicable encumbramiento, no tiene la iniciativa de un hombre de Estado, y se contenta con ocupar

la silla ministerial, convertido en una especie de administrador á las órdenes del general O'Donnell.

En cuanto al Sr. Posada Herrera, habia mucho que decir si fuéramos á hacer un perfil siquiera ligerísimo de su figura política. Escéptico hasta rayar en lo fabuloso, su misión en el gobierno es defender el pró y el contra de todas las cuestiones; lo mismo sirve para defender una idea liberal que para presentarse como campeón de las mas exageradas soluciones reaccionarias; su objeto es siempre zanjar una dificultad ó combatir á un enemigo del momento; y decimos del momento, porque para el Sr. Posada los honores no tienen mas representación que aquella de que se está ocupando en la hora del debate. Enemigo del mismo Sr. Esteban Collantes desde el famoso chasco de la Granja, sería mañana ministro con él, si creyera que podía conservarse por mucho tiempo en el poder. Su especial talento, porque tiene talento, y mucho, consiste en buscar á todas las cuestiones el punto de vista mas propio para asimilar la resolución que defiende al grupo político en que por el momento milita.

Es cruel hasta la exajeración con sus compañeros; nadie ha puesto en el Congreso mas en ridiculo que él al presidente del Consejo. No deja pasar nunca la ocasión en que puede herir á su propio jefe, vengándose así de la dependencia en que está del conde-duque, á quien, con razon, encuentra sin dotes para presidirle. El pobre ministro de Estado ha sido siempre su victima espiatoria; cuando este buen hombre pronuncia una de esas frases rotundas é inocentes en el tan propias, el rostro ó la cabeza del ministro de la Gobernación manifiesta con un movimiento que ha llegado la hora, y entonces una mirada burlesca de todos sus adeptos crucifica al desdichado orador.

Desaliñado en ocasiones hasta rayar en lo ridiculo, sabe ser elocuente cuando le conviene, finge entusiasmo, se enfada sin enfadarse, y hasta cuando apostrofa á sus enemigos, parece que les está diciendo al mismo tiempo que no se ofendan, que aquella comedia es exigencia del momento.

Verdadero Mefistófeles de los ministros, Faustos que tienen por única Margarita el afán de ser gobierno, los lleva por donde quiere, y se rie luego de su mismo triunfo. Este personaje, altamente á propósito para defensor de un mal gobierno, es una verdadera calamidad para la patria, y el mas temible enemigo que han podido tener en España la unión liberal y las instituciones representativas. En los últimos tiempos de la Granja hubiera sido un gran sofista; en la sociedad moderna, solo publicamos cuando pensamos en el teatro.

Al pie de estos personajes, y como contra el ministerio, se presenta el marqués de la Vega de Armijo, esperanza un tiempo de sus jóvenes amigos, cuya educación, antecedentes, clase y fortuna eran motivo para esperar de él una consecuencia que hasta ahora no ha manifestado en el poder.

Liberal por antecedentes, y habiendo pecado en otros tiempos por exceso de rectitud, los que le conocemos desde sus primeros años; los que sabemos donde ha recibido su educación primera, hemos visto con asombro cada una de las transacciones á que se plegaba en la silla ministerial. Jugóte unas veces de odios mezuquinos, que no deberían llegar hasta él, ha servido agenas miras; débil otras, ha ido perdiendo poco á poco la

Entonces el marqués se sentía poseído.

Sin embargo, como el marqués deseaba conveniencia de que estaba equivocado, atribuyó aquel entorpecimiento á la tormenta.

Y volvió á cerrar los ojos, diciéndose: —¡Trátemos de dormir!

Pasaron algunos minutos.

De pronto el marqués, adormilado ya, aplicó el oído. Oía gemidos ahogados..... llantos..... sollozos.....

Y otra vez mas, é impotentemente, próbó á romper el encanto físico que le sujetaba.

De pronto abrió la puerta de par en par, bajo la presión de una mano nerviosa.

El aposento volvió á iluminarse, y una mujer vestida de negro, con sus negros cabellos caidos en desorden sobre los hombros, pálido el rostro, y estraviada la mirada, entró precipitadamente.

Esta vez fué tan violenta la emoción que sintió el marqués, que se sentó en la cama, dando un grito terrible.

—Diana! dijo. Diana de Morfontaine, vestida de luto por su marido el baron Ruperto; Diana pálida, temblorosa, cruzadas las manos en ademán suplicante, y diciendo:

—En nombre del cielo, primo, en nombre de vuestra madre, en nombre del cielo..... ¡salvadle!

Acercóse á él, tremula, sudorosa, y le asió una mano.

De repente el marqués dió otro grito á gritos terribles, estridente, que resonó en todo el castillo; y que seguramente habría despertado á todos los criados sin la misteriosa bolita que cayera de la manga del picador inglés al jarro de cidra.

La Diana que Diana de Morfontaine habia colocado sobre la del marqués, estaba helada.....

Era la mano de un cadáver.....

Al mismo tiempo se apagó la bugia que Diana habia dejado sobre una mesa, y las tinieblas y el silencio volvieron á reinar. El marqués, ya medio loco, solo oyó el lejano grito del buho que resonaba en la espesura.

En aquel momento triunfó el terror mortal que sentía el marqués del entorpecimiento físico.

Al cabo de algunos minutos logró mover las piernas y los brazos, y saltó penosamente fuera del lecho.

FOLLETIN DE EL TEMPORANEO.

LOS DRAMAS DE PARIS.

EL VICZONE PONSON DU TERRAIL.

EPILOGO.

EL CASTILLO DE BELLOMBRE.

—Mirad, señor caballero; el general ha pensado que esta noche irais á Main-Hardie. Es preciso montar en Toby, ya sabéis..... el caballo.....

Hacia veinte años que Toby se habia muerto en las cuadras de Bellombre.

—¡Vamos! pensaba el marqués mas tranquilo: ¡es un sueño!

El muchacho prosiguió: —El general os ruega, pues, señor caballero, que os levanteis inmediatamente, corrais á Main-Hardie, y traigais al conde..... Voy á ensillar á Toby.....

Y sobre todo, no volvais á dormiros.

El supuesto Grano-de-Sal tomó la bugia y salió del aposento.

El fuego de la chimenea se habia apagado, y cerrada la puerta, quedose la alcoba del marqués sumida en las tinieblas.

M. de Morfontaine volvió á cerrar los ojos, y haciéndolo un esfuerzo desesperado, consiguió llevarse una mano á la frente.

Su frente estaba cubierta de sudor.

—¡He soñado..... y ahora..... me desperté..... se dijo, procurando sentarse en el lecho.

Pero la languidez volvió á dominarle.

de edad, y que lo mismo pueden tener treinta y cinco que cincuenta años.

Ambrosio vestia de librea.

Llévose un dedo misteriosamente á los labios, y dijo: —Señor caballero.....

—¡Luego esto es un sueño! pensé nuevamente el marqués; ¡pues no estamos ya en 1832!

—Señor caballero, dijo Ambrosio, nuestro primo, el señor viczone, me envia á decirnos que todo está preparado..... que el cepo de lobos..... está en el foso; que los husares se hallan en Bellombre..... que el conde va á llegar y caerá en el cepo. Así, pues, adios casamiento, puesto que será fusilado. Dormid tranquilamente..... Buenas noches, señor caballero.

Ambrosio tomó la linterna, y se marchó andando de puntillas.

La alcoba del marqués volvió á quedar sumida en la oscuridad.

¡Cosa singular! cuando reinaban las tinieblas á su alrededor, cesaba en parte aquella torpeza de plomo que habia invadido al marqués.

Voltió á llevarse la mano á la frente, siempre inundada de sudor, y se dirigió esta pregunta: —¿Resucitan los muertos?

El marqués, que no habia sido nunca supersticioso, no lo creia.

Sin embargo, acababa de ver á Grano-de-Sal; Grano-de-Sal le habia hablado del general como si el anciano marqués de Morfontaine hubiese estado en su cama, al extremo opuesto del corredor.

No cabia duda en que era Ambrosio el que habia estado allí apoyando en su lecho, hablando del cepo de lobos del conde de Main-Hardie, muerto veinte años hacia, y del desatamiento de husares mandado por el capitán Aubin, que habia sido muerto en el cerco de Constantina.

Pero la lucidez de ánimo del marqués era tal que no podia creer que soñaba.

Una sola cosa podia explicar, hasta cierto punto, aquella extraña situación.

Es evidente que hay sueños que al despertar se interrumpen, y continúan luego que se vuelve á dormir, lo mismo que en el teatro.

El entreacto es el despertar.

Pero lo que contrariaba aquella explicacion, era el

PROVINCIA.—15 rs. al mes y 45 el trimestre; pero es indispensable poner el importe en la Administración por una persona, ó enviarlo directamente en letra, libranza ó sellos de correos, porque las suscripciones indirectas en las Administraciones de Correos, cuestan 60 rs. el trimestre.—Ultramar 80 rs. trimestre, y Estranjero 20 rs. al mes.

Importancia con que sin duda entró en el ministerio. Todavía hay quien cree que ha de ser el primero que concluya con esta fiesta de compañeros, y el que oblique al fin al gobierno á que siga una marcha decidida, liberal y enérgica. Nosotros no lo dudamos, sin embargo de que tiene mucho terreno perdido; y si lo hace, aunque sea en provecho de nuestros mas encarnizados enemigos, seremos los primeros en confesarlo, no sin tributarle las alabanzas á que se haga acreedor.

Mucho se habla en Madrid de la entrevista que ha tenido lugar entre los señores conde de Reus y marqués de la Habana. Si la cosa es tal como ha llegado hasta nosotros, faltaríamos á un deber de imparcialidad al referir lo ocurrido en ella, no tributando á ambos generales los elogios que merecen.

De público se dice que el señor marqués de la Habana ha hecho presente al conde de Reus que su ida á París no podia dejar de significar el cambio mas absoluto y radical en la política seguida hasta hoy en América; que él creia que lo conveniente á los intereses generales de la nación, era reanudar allí nuestras relaciones con el vecino imperio, y que iba á París á trabajar en este sentido, para lo cual no omitiría, medio alguno, estando dispuesto á llevar las negociaciones por el camino mas conveniente, para que no dulasen juntos el pabellon español y el francés en las torres de Méjico.

El vencedor de los Castillejos parece que le declaró á su vez que estimaba altamente dañosa esa política, y que la combatiría abiertamente en el Parlamento, apartándose por completo del gobierno que la iniciase.

No sabemos si el hecho es cierto; separados de toda relación política con uno y otro personaje, al hablar así nos hacemos eco únicamente de lo que en la corte se cuenta, deseando que sea cierto en honor de los individuos á que la noticia se refiere.

El marqués de la Habana, obrando así, habrá dado una prueba de cuánto respetan los hombres dignos sus ideas políticas, y de cómo deben oponer todo interés personal ante sus principios; así como en el terreno particular, su conducta habrá sido tan franca y tan noble como cumple á un caballero; cualidad por la que no le hemos de alabar, pues en cierta clase de caracteres, esto es lo habitual y corriente. El conde de Reus, defendiendo por otra parte su política y no prestándose á esas mistificaciones, hoy tan en boga, es consecuente consigo mismo, y no abdica, como se ha creído equivocadamente por sus enemigos, de la representación que justamente tiene hoy en la política española.

Pero el gobierno, ¿qué hace? ¿Como piensa? ¿Cuáles son sus ideas? Hé aquí lo indiscifrable, lo que nadie comprende, lo que persona no hay alguna que pueda explicárselo.

Triste y fatal periodo el de un pueblo que no sabe, que no puede saber cómo piensan, que desean, á donde dirigen la nave del Estado los hombres que tienen las riendas del poder.

Prescindiendo ya de los antiguos ministros, los cuales, por una serie no interrumpida de abdicaciones, han declarado que no tienen pensamiento ni idea de ninguna clase, y que son unos meros secretarios del presidente del Consejo, el general O'Donnell, ¿qué va á hacer?

¿Qué va á hacer el general O'Donnell? Hé aquí una pregunta á la que no se atreverian á contestar los mismos siete sábios de Grecia. ¿Quién sa-

de lo que va á hacer el general O'Donnell? ¿o sabe él por ventura? ¿lo ha sabido nunca? El general O'Donnell caminará á la ventura, procurando zureir las voluntades de todos, exhortándolos á que transijan y á que se agrupen para sostenerlo en el poder, deseándolo esa rectitud de ideas tan incómoda y embarazosa, para seguir mandando á un pueblo libre, que quiere ser regido por instituciones parlamentarias.

Triunfará la flexibilidad del presidente del Consejo de la actitud decidida y noble en que se han colocado los marqueses de la Habana y de los Castillejos? ¿Habrá alguno que se deje arrastrar por la sirena que reparte títulos, honores y condecoraciones? Nos parece imposible; y si, como creemos, no sucede, ¿cuál será la política que triunfe? Los que todavía creen encontrar en el general O'Donnell un resto de consecuencia, afirman que seguirá la política de los hechos consumados, y que el general Prim será el preferido; confesamos que esto sería lo lógico en un ministerio cualquiera, pero en el ministerio del general O'Donnell..... todo puede suceder. El tiempo aclarará estas complicaciones.

Parece que se ha formado un grupo de altos funcionarios, jóvenes en su mayor parte, que está aguardando á ver cómo resuelve el gobierno la cuestión magna de los generales Prim y Concha, para declarar francamente cuál es su manera de pensar sobre lo hecho en Méjico y lo que queda por hacer. Hasta ahora el grupito de sospechosos (y le llamamos así porque sospechoso es para el gobierno todo el que da señales de iniciativa) guarda una reserva absoluta, no siendo fácil adivinar cuál es de cierto su pensamiento; pero sabemos que si no le satisficiera la solución, habrá dimisiones..... y otras cosas.

Por hoy no podemos decir mas.

La *Epoca* extraña que las noticias de *El Clamor* sobre las cuestiones del dia no estén conformes con las de *El Contemporáneo*.

¿Acaso lo están las de *La Epoca* con las de *La Correspondencia*, las de *El Diario Español* con las de *El Constitucional*? Desengañemos nuestro colega: en esta barahunda, en esta confusión nunca vista que reina en el campo ministerial, es imposible que coincidan las noticias de dos periódicos, aun siendo de los amigos del gobierno.

El marqués de los Castillejos no se ha encargado todavía de la dirección general de ingenieros.

El gobierno ha mandado por el telégrafo orden para que inmediatamente se alistee el navio *Reina Isabel II*, que se hallaba en Cádiz, para salir á.....

¿Qué ocurre que exija esta precaución?

La *Epoca* no oculta que despues de la entrevista del sábado, los generales Prim y Concha siguen apreciando de diverso modo cada cual la política seguida en Méjico y la que debe seguirse:

Es en efecto cierto, dice, como han anunciado algunos periódicos de la oposición, que el sábado tuvieron una entrevista el marqués de la Habana y el de los Castillejos, á quien el primero fué á visitar, atendidas las buenas relaciones particulares que entre estos dos generales existen. No sabemos lo que en esta conferencia, que fué larga, pudiera pasarse; pero sí mismo en la cuestión de Méjico, y que los datos, noticias y observaciones hechas por el conde de Reus al general Concha, no han modificado su opinión respecto de la política que consideramos conveniente á la España en este asunto.

Era el general marqués de Morfontaine.

Aquella vez era tan sorprendente la semejanza, que el marqués lanzó un grito, y cayó al suelo, murmurando con apagado acento:

—¡Los muertos resucitan!.....

El marqués se habia desmayado.

Cuando el marqués recobró el conocimiento, los pájaros cantaban en el parque, un rayo de sol alumbraba los corredores, y se oían algunas voces en el castillo.

Serian entonces las seis de la mañana.

El marqués, en camisa y con las piernas desnudas, estaba caido en el corredor, delante de aquella puerta que habia forzado, empujándola con la espalda, pero aquella puerta estaba cerrada.

Levantose atontado, trató de reunir sus recuerdos, y empezó á temblar.

—¡Esa verdad todo aquello, ó bien habia soñado? Pero entonces, ¿cómo se hallaba en el corredor?

Codiendo á un primer arrebatado del instinto, el marqués corrió á refugiarse en su alcoba.

La ventana que creia haber dejado abierta, estaba cerrada.

Vnago recordó vagamente que habia buscado en una fosforera, y sobre la mesita de noche veia una caja.....

En todo el aposento no vió nada que anunciase el menor desorden.....

El marqués se vistió un traje de mañana, y regresó al corredor.

La puerta del aposento del general estaba cerrada con llave.....

El marqués recordó que la llave debia estar colgada, con otras muchas, en un armario de su alcoba.....

Voltió atrás, abrió el armario, encontró la llave, y la introdujo en la cerradura.....

La puerta no conservaba señal alguna de violencia, giró sobre sus goznes haciendo algún ruido, y dejó ver la habitación del general tal como habia permanecido desde la muerte de aquel.....

Cada mueble ocupaba su puesto.....

Sin embargo, ¡yo he visto fuego! exclamó el marqués aproximándose á la chimenea.....

(Se continuará.)

